

Antonio Pereira, en su tierra

Miguel Dolç

EN la bella Colección de poesía «El Bardo», que José Batlló dirige en Barcelona, acaba de publicar el poeta leonés Antonio Pereira su segundo libro, cuyo sólo título invita a la meditación: «Del monte y los caminos». De golpe, el poeta, todavía inédito para muchos, ve así su nombre unido a un insigne conjunto de figuras de nuestro tiempo que enaltecen estos dieciocho volúmenes ya aparecidos en la colección: baste recordar, entre ellos, a Gabriel Celaya, Leopoldo de Luis, Vicente Aleixandre, Pere Quart, José Miguel Ullán, Gloria Fuertes. Era, ciertamente, Antonio Pereira merecedor de tal distinción. Quizá porque, en primer lugar, ha sabido, más que otros poetas, de nuestro tiempo, volver a las entrañas de nuestra existencia:-a la tierra y al rigor de su vida. Surge en este nuevo libro un anhelo sintomático:

«¡Pido un camino para hacer más corto

el grito que pelea hacia la vida!»

Y lo hace sirviéndose de los recursos más sobrios y reales del actual momento lírico. Este principio ya saltaba a la vista cuando, pocos años atrás, nos ofreció, desde la atalaya de «Adonais», su primer libro: «El regreso». Quien leyera con atención los veinticuatro poemas contenidos en el volumen, forzosamente debía sorprenderse de que fuera «El regreso» la primera voz de un poeta. No había en él ningún dato, modo o intención que pudiera denunciarlo. ¿No era ya esta impresión, por sí sola, la muestra de un temperamento lírico indiscutible?

Desde sus primeros momentos, Antonio Pereira había tenido en sus manos un instrumento que triunfaba en su lucha con la materia; este instrumento es la expresión densa, dura, desnuda y sabiamente simple, incluso a veces deliberadamente prosaica. «Del monte y los caminos» continúa en la misma línea. No se trata en rigor de un secreto, pero sí de un poder de voluntad que consiste en ser leal con los propios módulos creadores. El poeta parecía resumir esta actitud en «Afirmación de vecindad», el poema que habría, como una introducción, las páginas de «El regreso».

Nacido en la localidad leonesa de Villafranca del Bierzo, Antonio Pereira representa, en verdad, «un buen ejemplo de poeta arraigado: poeta de lo provincial, dicho universalmente». Esta frase exacta, que nos sumerge en el ámbito de una

poesía apasionada, puede inducirnos, sin embargo, a apreciaciones erróneas. Quizás por el descrédito, a todas luces infundado, de que va acompañada, en nuestra rutina sin límites lo «provincial». Desde su rincón, el poeta ha aprendido pronto a mirar con ensueño, se ha apoderado de todas las ilusiones del hombre, no ha visto nada con indiferencia. Es cierto que en «El regreso» quiso yuxtaponer -nunca contraponer- dos mundos distintos: lo foráneo y lo nativo; pero la división no pasa de la mera apariencia.

El problema cósmico es, para Antonio Pereira, siempre el mismo. De lo anecdótico -en Guayabamba y Normandía o en Monforte y Villaralbo- nos trasladamos insensiblemente a los temas más profundos, sin hiatos de espacio y tiempo. Porque «algo acontece, universal, lejano, cuando ceden los ecos y se apagan». De este tránsito constante, casi siempre inesperado, nacían los méritos específicos de «El regreso». Sentimos a cada instante que esta poesía no es como las otras, que vale incluso más que las otras. Quizá porque los poetas se han olvidado de cantar la prosa de un fuego o la «belleza subsidiaria» del pequeño tren.

Cuántas cosas nos trae a la memoria y al corazón, a quienes hemos vivido idénticas peripecias. Antonio Pereira con su entrañable estilo. Sus libros, antes «El regreso» y ahora «Del monte y los caminos», pueden ser considerados como documentos de este tiempo nuestro, a los que recurrimos espontáneamente para encontrar un rostro en rasgo, un color, un ángulo de nuestro mundo cotidiano. A través de ellos, la tierra y el cielo se vuelven más aptos para ser comprendidos. Se acentúa quizá esta tendencia en el segundo libro de Pereira. La vida se rehace en el recuerdo del poeta, alimentado por sensaciones de todos 'los tiempos, pero, esencialmente, por la inextinguible imagen paterna:

«Padre: primer momento
del tiempo que rehago
desviviendo hacia atrás
por caminos borrados.»

Contra lo que pudiera sugerir una emoción improvisada, el hecho sobrevivido no presta a la expresión calidades de luz o ternura. El poeta evoca, de modo sobrecogedor, la fuerza del cuerpo paterno, sus manos duras, el sonido del hierro en la tienda. Por ello, ambiciona «brazos duros» para la tarea y piensa en las herramientas «para la tierra dura». Así, desde la soledad mortal de su tierra, entre lentos carros y caminos vecinales, Antonio Pereira abre sus ojos abrasados

«a la pequeña historia

de la gente sufrida».

Con ello, su aparente geografía bucólica, sabiendo que no puede resumir ni afrontar una fácil belleza, cobra todo el vigor de la más actual experiencia realista. Hay solo «un poco de muerte» y «media vida» acompañando la espesa boca del camínate. Y el poeta siente vergüenza de su oficio de cantor, de la señal perdida de su voz. Quiere llevar a Dios junto a los hombres; junto a los mozos que se van, a los niños recientes, a la serranilla, a los sedientos. No le hace falta para ello el menor alarde retórico; con su verso descarnado, a veces bronco, incapaz de inútiles adornos, el poeta enseña al hombre a oírse el corazón, la sangre de sus oráculos. No pude aspirar a más la verdadera poesía.